Lección 7
14 de Agosto de 2010

Victoria sobre el pecado

Prof. Sikberto Renaldo Marks

Versículo para Memorizar: *"Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia"* (Romanos 6:14).

Introducción

Si no estamos más bajo la Ley, sino bajo la gracia; si el pecado ya no nos domina, ¿estamos entonces libres de la Ley? Si somos considerados santos, ¿estamos por lo tanto salvados? Si esas son las condiciones, ¿eso quiere decir que ya no pecamos más? Más aún: si pecamos, ¿aún así somos salvos?

Durante esta semana estudiamos estos puntos. Como consideración inicial, podríamos analizar lo siguiente: ¿Por qué había Ley antes del pecado, cuando Adán y Eva todavía vivían en la perfección? ¿Por qué la Ley todavía está en el cielo delante del trono de Dios (Apocalipsis 14:19), aún luego de la crucifixión de Jesús? Si la Ley todavía existe, ¿Por qué se convertiría en inferior a la gracia, ya no siendo considerada como importante para la salvación? La gracia, ¿puede sustituir a la Ley? Otra pregunta: ¿No podría darse el caso de que la Ley y la gracia coexistan mientras existan pecadores para arrepentirse? ¿Será que la gracia no es una forma de conciliarnos con la Ley? ¿O la gracia no es una manera de validar y confirmar la Ley?

El perdón de Dios, ¿anula la Ley? La santificación, ¿es independiente de la Ley? La gracia, ¿elimina la necesidad de las obras, o sea, de la obediencia a la Ley?

Los seres perfectos, ¿viven sin Ley? ¿Dios no se rige por la Ley? ¿Necesitan los seres perfectos y Dios la Ley?

Estos temas nos dan que pensar en esta semana. ¡Estudiemos con voluntad de entender! Debemos adquirir conocimiento para poder encontrar las respuestas para preguntas como estas.

Gracia abundante

Pablo dice: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia”. Esto significa que, cuanto más pecador haya sido alguien, más gracia estará disponible para él. La gracia siempre cubre la cantidad de pecados. No hay pecados tan enormes que la gracia no pueda superar, por lo que todos pueden ser salvos, si así lo desean.

Pero en este punto surge la polémica (que en rigor de verdad no sería necesaria, pues es flagrantemente maliciosa). Y Pablo se anticipó a ella, y la resolvió. La cuestión que podría plantearse es: Si cuanto más pecamos, más gracia tenemos, entonces pequemos mucho, cuanto más mejor.

No es tan así. Aún cuando sea verdad que cuanto más pecamos, hay más gracia para nosotros, también es verdad que, una vez conociendo la verdad acerca del pecado, si todavía permanecemos pecando, corremos el riesgo de acostumbrarnos tanto a los pedidos de perdón, que así pensemos que podemos salvarnos sin desligarnos del pecado.

Pablo estaba refiriéndose a los pecados antes de conocer a Cristo. Luego de eso, a nosotros nos corresponde buscar y lograr la victoria sobre el pecado, esto es, liberarnos de la esclavitud del pecado. ¿Y cómo explica Pablo esta liberación?

Es muy simple. Jesús fue crucificado y murió en la cruz. Luego fue sepultado, pero al tercer día resucitó. El no pecó, pero fue muerto. Y venció, en vida, la tentación. En la resurrección, venció a la muerte. Venció al mal y venció a las consecuencias del mal.

¿Y nosotros? Debemos morir con Él. Eso significa morir al pecado. Y morir al pecado quiere decir: No pecar más. Para morir con Cristo debe darse evidentemente el arrepentimiento, el disgusto para con nuestros pecados. Y significa también desear cambiar, sentir el anhelo de cambiar para mejor. Así como Cristo vivió sin pecado, y aún enfrentando las horas de mayor prueba, en la agonía de la muerte no pecó. Eso quiere decir que resistió la tentación y la superó. En esa resistencia, Él murió. En otras palabras, El murió bajo una presión inconmensurable, y aún así, la resistió. El vivió para no pecar, y murió sin pecar. Tuvo una postura definida en contra del pecado. Así también nosotros, al morir con Cristo, nos colocamos a semejanza suya en contra del pecado y ya no lo deseamos más, detestamos la tentación, ya no queremos caer en ella. Esa muerte ocurre en nosotros por una decisión voluntaria, que es la del bautismo. Jesús también murió por decisión voluntaria, pues no llamó a sus legiones de ángeles, lo que podría haber hecho. Nuestra muerte es sin duda una muerte simbólica, pero sus efectos son bien reales. Sus efectos son una demostración pública de la decisión tomada de ya no ser más un pecador, de morir al pecado con Cristo, tal como Él murió. La expresión “morir al pecado” significa “no quiero pecar más”.

¿Y qué significa resucitar con Cristo? Pablo también lo explica. Significa “andar en novedad de vida”. Es fácil entender esto: tener una vida nueva, diferente de la vida antigua. Antes, éramos esclavos del pecado, nos gustaba. Ahora, todo cambia, hay una novedad, ya no gustamos más del pecado, luchamos en contra de él, queremos vencerlo. Ahora estamos en un proceso de santificación en el cual, día tras día, rechazamos aquellas viejas tentaciones luchando a través de la oración. Y esto funciona de manera muy simple. Cuando viene la tentación, inmediatamente, sin esperar mucho, ¡ora a Dios pidiendo socorro! Esa oración, Dios la responde inmediatamente, y la tentación desaparece. Puede ser que ella vuelva poco después; en tal caso, ora nuevamente, hasta que esa tenta-

ción desaparezca y no vuelva más. Así es como se vive en novedad de vida. Es una lucha práctica, muy real, con decisiones de fidelidad a Dios todos los días, en una lucha constante contra la vieja naturaleza, que no desaparece de un día para el otro así nomás.

El pecado personificado

En Romanos 6:12 está escrito: "Por consiguiente, no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, para obedecer a sus malos deseos".

¿Qué nos está diciendo Pablo aquí? En primer lugar, el pecado ejerce una especie de dominio, una soberanía. Pero atención, el pecado en sí mismo no es un rey o un gobierno. Sin embargo, hay dos fuertes poderes en él. Uno consiste en la fascinación que experimentan las personas pecadores por lo que está mal. El otro poder, es el de aquél que está detrás del pecado, o sea Satanás y sus agentes (estos sí ejercen dominio).

El primer poder surge de nuestra flaqueza por ser de naturaleza pecaminosa. Generalmente gustamos de alguna clase de pecado, y no tenemos deseos de librarnos de él. Un ejemplo podría ser la fascinación por la fama en la que muchos se dejan caer. A las personas les gusta tener fama, relacionarse con alguien famoso, e intentan hasta sacarse fotografías con cualquier persona famosa. De este modo, la fama se convierte en una especie de tirano en la vida de esas personas, ejerciendo un poder que surge de los malos deseos de las propias personas. Así, hay millones de pecados que están relacionados con las personas, haciéndolas dependientes de ellos.

El segundo poder del dominio del pecado surge de Satanás y sus agentes. Satanás es un rey, mejor dicho, un emperador. Tiene un imperio, por lo tanto ejerce un poder tiránico, imponiendo su voluntad sobre las personas, especialmente a través de la seducción, de los sofismas y el engaño. Utiliza mucho de lo que la Biblia llama prostitución, mezclando verdad con mentira, y así logra engañar a la humanidad. Otra cosa que él hace es hacer atractivo al pecado, incluso importante, en la vida de las personas. Por ejemplo, en la televisión se ridiculiza a las personas que no se maquillan, o quien no finge, o quien no tiene una voluptuosa apariencia física. Pero al mismo tiempo, los medios de comunicación venden de manera impositiva, tinturas para el pelo, lociones para los calvos, y alimentos que enferman a la gente. Entonces los seres humanos, al mismo tiempo que se alimentan mal, buscan recursos de muchas clases para parecer joven o lindo. Pero en la belleza según los patrones de Satanás, no de Dios. La cosa se agrava cuando muchos, siguiendo esas imposiciones, y a través del ejemplo, hacen que otros los sigan, sometiéndose también a las imposiciones de Satanás. En el libro Testimonios para los ministros, en el apartado "Trampas de Satanás", Elena G. de White describe una de las trampas más poderosas, que es la de hacer sujetos a la mundanalidad a algunos miembros de la iglesia, especialmente las personas más influyentes, para que las demás sigan su ejemplo. Pues bien, prestemos mucha atención, pues es precisamente eso lo que está ocurriendo con gran intensidad en nuestro medio.

Es necesario que nos demos cuenta que Satanás no está jugando, ni está durmiendo, sino que está haciendo todo lo posible para derrotar al pequeño pueblo de Dios. Es así que el pecado puede reinar en nuestro cuerpo mortal, pero específicamente, en nuestra mente, y a través de ella, dominar todo el cuerpo. Por ejemplo, el estómago puede emitir

intensas señales de hambre poco después de haberse alimentado, sólo porque el cuerpo se ha acostumbrado a comer a toda hora.

Retornando al primer poder del pecado, él se impone automáticamente a través de las pasiones; esto es, de deseos que se convierten en incontenibles e incontrolables. Como un vicio. Así, las drogas dominan a las personas, no sólo las drogas así llamadas “pesadas” sino también las que no son consideradas así. Ejemplos de drogas “livianas” son el café, el té, el mate, la cerveza “sin” alcohol (pero que tiene 0.5 % de alcohol), etc. Las personas se vuelven dependientes de esas tentaciones. El cuerpo las pide, y así se genera la esclavitud. Así se van desarrollando las pasiones, que son deseos formados y afirmados a lo largo de un período de tiempo. Las pasiones son voluntades que se imponen a una persona, y esa persona pasa a gustar de ellas y, con el tiempo, muchas veces ni siquiera se llega a pensar que son malas. Por lo que esas personas las defienden como si fueran cosas buenas y positivas, cuando son en realidad pecados. Un ejemplo de esta situación es la pasión por el fútbol. Otro nombre que le damos es fanatismo. Tales personas, si por alguna clase de [supuesto] descuido divino se salvaran, no mucho tiempo después de estar en el cielo, organizarían equipos y campeonatos en la Tierra Nueva. Una pasión que se ha desarrollado hace difícil librarse de ella. Si bien Pablo no utilizó la expresión “pasión”, es muy adecuada para lo que sucede en el caso del fútbol. Se trata de algo malo que no es visto ni considerado así. Pero divide a los hermanos y a la iglesia; divide a los hogares, provoca violencia, competición y corrupción, involucra muchísimo dinero, y para algunos es algo inocente y positivo.

Pablo dijo que el pecado no debía reinar en nuestra mente. O sea, no permitas que se convierta en una pasión, ni en un poder dominante. Pero, ¿cómo proceder para que el pecado no nos controle?

Si descubre algún pecado, dale un nombre. Necesitas convertirlo en un enemigo con un nombre, para saber a lo que estás combatiendo. Como tú eres un ser libre, debes tomar una decisión. La decisión tiene que ser tuya, Dios jamás la tomará por ti. Y no sirve de nada orar a Dios para que controle tu voluntad si tú no te decides a entregarle tu voluntad a Él. Es por eso que muchas personas jamás vencen en su vida espiritual, porque oran y oran pidiendo perdón, purificación, pero jamás entregan su voluntad a Dios. Continúan deseando el pecado, aunque oren contra él. Bien en lo profundo, gustarían ser salvadas con sus pecados, acariciándolos a lo largo de la eternidad.

Luego de esta primera medida, cada vez que sientas que tu voluntad está siendo controlada por el pecado, no pierdas ni un instante, ora pidiendo a Dios para que te de fuerzas para vencer la tentación. Debes aliar tu voluntad con la divina. Así, Él te dará fuerzas para superar cualquier clase de tentación, la que sea. Entonces, Él colocará Su querer en ti, y allí percibirás cuán bueno es estar con Dios y hacer su voluntad. ¡Así estarás venciendo!

¿Bajo la Ley?

“Así, el pecado no tendrá dominio sobre vosotros, ya que no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6:14).

Lee atentamente este versículo. En lo posible, tres veces. ¿No es evidente que lo que está diciendo es que ya no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? ¿Queda alguna du-

da al respecto? Es evidente que no hay duda alguna. El versículo lo dice bien claro: “Ya no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia”.

Consideremos entonces lo que el versículo NO está diciendo. No dice que la Ley fue abolida, ¿verdad? ¿En qué porción de este versículo podemos deducir que la Ley, los Diez Mandamientos, ya no tienen más valor? El versículo no lo afirma en absoluto.

Detallemos, entonces, ahora lo que nos enseña este versículo, punto por punto:

a. ***“El pecado no tendrá dominio sobre vosotros”.*** Aquí, el versículo nos está diciendo dos cosas: 1) que el pecado existe, y que él ya no nos domina (recuerda lo que ya hemos analizado párrafos atrás). Notemos bien estos dos puntos. Primero, el versículo nos deja bien en claro que aún existe el pecado, pues explica que ese pecado, cuando estamos bajo la gracia, ya no tiene dominio sobre nosotros. Eso significa que, si no estamos bajo la gracia, el pecado nos dominará. Por lo tanto, el pecado existe. ¿Y qué podemos deducir de esto con toda lógica? Que también existe la Ley, porque sin Ley no hay pecado. Así, estar bajo la gracia NO significa estar sin Ley, sino estar libre de su condenación, y estar en posesión de cierto poder para no desobedecer la Ley, ya que el pecado no tiene más dominio sobre nosotros.

b. ***“Bajo la Ley”.*** ¿Qué significa esto? Estar en deuda con la Ley, haber cometido algún pecado y tener que pagar su penalidad, pues aún no ha sido pagada. La Ley nos está cobrando la cuenta, y lo que cobra es nuestra vida. Eso hace referencia al pecador consuetudinario, al que le gusta pecar, al que tiene como hábito pecar.

c. ***“Bajo la gracia”:*** ¿Qué significa? Es tener perdonados los pecados, porque nos hemos arrepentido de aquellos pecados cometidos y desear no pecar más en el futuro. Así, has pedido perdón por los pecados y tienes el deseo de ser transformado para no pecar más. Ahora bien, no pecar más significa también que la Ley todavía existe (pues es por la Ley que viene el conocimiento del pecado, y sin Ley no hay transgresión). Una vida de transformación significa lo mismo que prepararse para obedecer la Ley. Si no hubiera Ley, ¿para qué seríamos transformados? Sin Ley, nadie peca, por lo que no habría tampoco necesidad de perdón, ni de transformación, ni –mucho menos– de gracia.

En síntesis, ¿qué nos está diciendo el versículo? ¡Cuidado con el pecado! Huye de estar bajo la Ley y ve bajo la gracia. Pide perdón de tus pecados y permite que Dios te transforme para no pecar más. Si pecas de nuevo, necesitarás nuevamente del perdón. Y si pecas muchos, puede pasar que gustes del pecado, y ya no desees más el perdón. En este punto, ¿sabes lo que ocurre? Si ya no sientes el deseo de ser perdonado, si crees que no es innecesario, entonces estarás en condiciones de pecar contra el Espíritu Santo.

Dos amos en conflicto

“¿No sabéis que al ofreceros a alguien para obedecerle, sois siervos de aquel a quien obedecéis, o del pecado para muerte; o de la desobediencia para justicia?” (Romanos 6:16).

“Pero gracias a Dios, que aunque fuisteis esclavos del pecado, habéis llegado a ser obedientes del corazón a ese modelo de enseñanza al cual estáis entregados” (Romanos 6:17).

¿Qué dos cosas importantes podemos aprender aquí?

Del primer versículo aprendemos que no hay posibilidades de no ser siervos de alguien. Hay dos años, uno es Dios y el otro es Satanás. O estamos al servicio de Dios, o al servicio de Satanás.

Hay un detalle muy importante. ¡Podemos estar, temporalmente, al servicio de los dos! Pero esa situación no salva a nadie; por el contrario, significa que se está únicamente al servicio de Satanás. ¿Cómo puede ser esto? Alguien puede ser un predicador elocuente, o un buen ministro, o un buen profesor de Biblia, a los ojos humanos. Puede tener mucho conocimiento, y a través de su obra muchas personas quizá sean llevadas al bautismo. Pero, el tal no está dispuesto a dejar algunas cosas del mundo, a veces algunas cosas secretas. Si no se arrepiente de esos “pecadillos”, los que son considerados algo ínfimo, no se salvará. Desgraciadamente, tal vez haya muchos en esta situación. Es necesario que velemos para que, habiendo contribuido en la salvación de muchos, no vengamos nosotros mismos a perder la vida eterna. Y Pablo enseña eso.

Al fin de cuentas, estamos ligados a un amo, o al otro. La situación que se describe en los párrafos anteriores es muy frecuente. Muchos en la iglesia dan un mal testimonio, y por ese testimonio, desvían a muchos al mundo, aún cuando permanezcan en la iglesia. En tal caso se transforma en una escuela formadora de cizaña. Tenemos que tener muchísimo cuidado con el otro amo. ¡Intenta mantener en la iglesia a personas de una sutil influencia negativa!

Nosotros somos criaturas. Necesitamos estar relacionadas a algún señor. Como criaturas no tenemos una vida independiente, no somos dioses. Eso significa que somos dependientes de otro. Siendo así, que no seamos dependientes de un señor que, en sí mismo, ¡también es dependiente! Sólo Dios es independiente, sólo El tiene vida por sí mismo; sólo Él puede sustentar todo lo que existe, y no necesita de nadie que le ayude para concretar esa tarea. Lo mejor, entonces, es servir a Dios. Aquél que todo lo puede, y no es Satanás, que aún así puede mucho, pero no tanto para garantizarnos la vida eterna. ¡Aún Él depende de Dios!

El segundo versículos (6:17), es muy revelador. Pablo agradece a Dios porque en tiempos pasados los romanos (nosotros también podemos ser incluidos, dependiendo de lo que estemos decidiendo), fueron esclavos del pecado, pero ahora ya no. ¿Y cómo ellos ya no eran esclavos del pecado? Ellos obedecían de corazón la doctrina que habían aprendido. Por lo tanto, eran obedientes. Una vez salvos por la gracia, permanecían salvos siendo obedientes a Dios, a sus enseñanzas.

Fruto para santificación

Para ser salvos tenemos que tomar la decisión correcta, escoger a Dios. Esa es una elección que va en contra de nuestra naturaleza. No es natural que lo deseemos. Por ser pecadores, nuestros deseos normales son pecar, estamos fascinados por el pecado, o por algunos pecados de los que nos volvemos dependientes. ES común que tengamos

la idea de que dichos pecados no sean tan ruines. ¡O que incluso no constituyan pecado! Por ejemplo, a muchos les gusta practicar algún juego como pasatiempo. Al final de la semana, ¿qué hacen? Se reúnen a disputar entre sí. No siempre hacen apuestas que involucren dinero, pero –en rigor de verdad– lo que prima es la disputa. Si preguntamos a alguno que lo hace si eso es pecado, nos dirá que no. Otros nos dirán que podrán dejar de practicar esas cosas pequeñas cuando lo quieran.

Eso es a lo que la Lección hace referencia Necesitamos hacer elecciones que van en contra de nuestra naturaleza. Va en contra de lo que nos gusta hacer, de lo que muchas veces nos volvemos dependientes. Somos siervos del pecado, él nos controla la mente. Somos controlados por el hábito, por acostumbrarnos a ciertos pecados y dependemos de ellos. Somos controlados por Satanás o por alguno de sus agentes, los cuales nos dominan.

Debemos optar por la santificación. Ser santo significa ser separado del mundo, vuelto hacia Dios, hacer su voluntad.

En el terreno espiritual hay sólo dos opciones: o escogemos a Satanás, o a Dios.

Pero, ¿cómo se da la elección por Satanás? No parece una elección, pues si ya somos pecadores, alcanza con permitir que las cosas sigan tal como hasta ahora. En rigor de verdad no necesitamos hacer ninguna elección nueva, pues siendo pecadores, continuamos pecando. Y eso es muy fácil. No necesitamos cambiar de naturaleza, ni hacer ningún esfuerzo, ni cambiar de rumbo, ni ninguna clase de transformación. Es así de simple. Escoger a Satanás es lo mismo que no hacer nada.

¿Y cómo se da la elección por Dios? Es bastante diferente. Necesitas alguna mínima clase de conocimiento de Dios y de su amor para interesarte por Él. Necesitas descubrir, a través de sus enseñanzas, que hay otro modo de vida muy superior, y necesitas sentir el deseo de esa otra vida. Y todo eso va en sentido contrario al de nuestra naturaleza, por lo que es mucho más difícil. En el primer caso, por ejemplo, una persona puede ser bautizada, pero nunca cambiar de vida. Pero en el segundo, además de bautizarse, la persona debe optar por la santificación.

En el primer caso, la persona puede continuar produciendo los frutos anteriores, los de siempre. Si fue mentirosa, continúa mintiendo; si le gustaban las telenovelas, lo continuará haciendo; si engañaba a otros, continuará engañando. A veces la persona abandona algunas prácticas anteriores, aquellos que –por ejemplo–puedan servir para ser desfraternizada de la iglesia, como tomar cerveza, robar, cosas así. Pero no cambia todo. Así produce frutos para muerte. Esos frutos son las consecuencias de lo que hace o –mejor dicho– a quién está obedeciendo.

En el segundo caso, la persona toma una decisión valiente, de un cambio radical, lo que llamamos transformación, o santificación. Se encamina a una lucha, quiere separarse del mundo, de las cosas que se da cuenta que Dios no aprueba. Pide perdón por su pasado y pide que se le ayude a cambiar. Al tiempo va cambiando, va dejando las cosas que del mundo tanto le gustaban, y va siendo santificada, cambiando su gusto por las cosas de arriba. Así produce frutos para vida eterna.

Hay un detalle. ¿Por qué Satanás no nos garantiza la vida eterna? ¿Será porque a él le encanta matar? ¿Será porque él nos lleva a la muerte? Es por el simple hecho de que él

no es Dios, no tiene poder para garantizar la vida. Siendo que él optó por una ley falsa, la de la desobediencia al amor, favorable al odio, ¿no crees que eso sea lo que nos va a dar? Por otro lado, con Dios, quien tiene infinito poder, el cual es el amor, ¿qué podemos esperar de Él? Si nos entregamos a Dios, sólo podemos esperar la vida eterna.

Puedes estar seguro, si Satanás pudiera, el nos daría también la vida eterna, aún cuando fuera para sufrir durante toda la eternidad. A él le hubiera gustado haber echado mano del árbol de la vida, para que sus ángeles, Adán y Eva, pudieran junto con él perpetuar su imperio del mal. La muerte es una consecuencia de sus actos de la cual él no tiene el poder para liberarse. Por eso, hace una falsa afirmación de que sólo el cuerpo es lo que muere, y que el alma no. Aplica una tremenda mentira.

Aplicación del estudio

Estas lecciones son definitorias. Estamos muy cerca de la tempestad final. En el mundo se están generando las condiciones para una gran depresión económica, con graves consecuencias sociales. En esos días de gran angustia, que ya están muy próximos, los niveles de desempleo serán enormes, más o menos como lo fueron luego de 1929 (la Gran Depresión), que culminaron con la Segunda Guerra Mundial. Por otro lado, la Iglesia Adventista está saliendo de su letargo de tibieza. No todos dejarán de ser tibios, apenas una minoría. Y cuando la Iglesia se levante para predicar los Diez Mandamientos, el sábado, la Venida de Cristo, eso sirve como señal de que el fin es inminente. Y eso es algo que está ocurriendo en varios lugares del mundo, y va aumentando. Esa es la principal señal del fin (ver Mateo 24:14). Y cuando la Iglesia Adventista se levante, la tibieza ya no volverá. Entonces la revancha de Babilonia será la persecución y el decreto dominical. Estos eventos ya están siendo preparados en nuestros días. Eso se generará a partir de alguna instancia repentina y sorprendente, tomando a muchos de sorpresa, y derivará en una creciente crisis económica y social, la que se agigantará hasta niveles tan intensos como nunca se vieron en la historia de la humanidad. Entonces el pueblo de Dios habrá de vivir cada vez más por la fe, hasta llegar a vivir absolutamente por la fe, sin dinero, sin derecho a negociar o a trabajar, sino amparados por Dios (Isaías 43). Para el pueblo de Dios, el pan y el agua le están garantizados hace milenios. La crisis alcanzará más fuertemente a los impíos, que ya no contarán con las bendiciones cuando se le prohíba al pueblo de Dios obtener su sustento. Así, el tiempo de preparación individual es hoy, dejando de lado la mundanalidad, y estrechando nuestros lazos con Dios.

A muchos esto no le gusta, pero si no llamamos al pecado por su nombre, no sabemos lo que es o no es pecado. Podemos predicar entusiastamente un sermón contra la mundanalidad y nosotros mismos ser presas de ella. Hay centenares o miles de trampas en la mundanalidad. Tal vez alguno de ustedes pueda enumerar al menos una lista de diez. Pero probablemente nos cueste, pues no sabemos identificarlo, puesto que convivimos con él. Pero no hay modo venzamos si no identificamos los elementos que nos pueden quitar la vida eterna.

La Lección habla de "renunciar al diablo", de abandonar los placeres y las diversiones, y dice que tales diversiones pueden no ser inocentes. ¿De qué está hablando? ¡No lo dice! ¿Cuáles son las cosas a las que tenemos que renunciar? A placeres y diversiones no inocentes. Pero esta expresión es muy genérica, faltan detalles. El autor debería haber aumentado el alcance de su enunciado, puesto que es tiempo de reforma, de revi-

sión de vida, de análisis de lo que estamos haciendo, para que si no hay peligro de que perder la vida eterna.

Consideremos entonces apenas una lista, que podría aumentarse, con cosas a las que definitivamente nombramos: telenovelas, diversiones de cualquier clase que sólo ocupan nuestro tiempo pero no ejercitan, películas inmorales, violentas, de ficción; toda clase de adornos inútiles en el cuerpo y en el vestuario que sólo sirven para llamar la atención hacia uno, al dinero gastado en ostentación; alimentación exageradamente dulce, o muy condimentada, o basada en grasa, o en alimentos enlatados o industrializados; literatura vulgar o pornográfica; chistes despreciativos o inmorales; falta de respeto a las leyes de tránsito (¡), piratería de programas informáticos, películas, CD's y DVD's; vida desequilibrada en los horarios y las actividades; fanatismo por algún deporte, espíritu de competición, orgullo y juegos competitivos; actitudes volcadas al "yo"; escuchar música secular pero mundana; amistades peligrosas; algunas drogas lícitas ya enumeradas previamente, y mucho más.

Debemos hacer un examen en nuestra vida para identificar si existe algo que debamos abandonar. Y si lo hay, abandonémoslo, con mucha oración. Habiendo superado el primer pecado, se hace más fácil superar los siguientes, y así podemos superar otros. El desafío está en vencer al primero, y luego ir luchando con Dios, tal como lo hizo Jacob, para convertirnos en campeones espirituales.



Prof. Sikberto R. Marks

Traducción: Rolando D. Chuquimia
RECURSOS ESCUELA SABÁTICA ©

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática